



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: "En el fiel de América": las Antillas hispánicas en el concepto de identidad latinoamericana de José Martí

Autor: Rodríguez, Pedro Pablo

Forma sugerida de citar: Rodríguez, P. P. (1995). "En el fiel de América": las Antillas hispánicas en el concepto de identidad latinoamericana de José Martí. *Cuadernos Americanos*, 3(51), 232-244.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año IX, núm. 51, (mayo-junio de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

“EN EL FIEL DE AMÉRICA”: LAS ANTILLAS HISPÁNICAS EN EL CONCEPTO DE IDENTIDAD LATINOAMERICANA DE JOSÉ MARTÍ*

Por *Pedro Pablo* RODRÍGUEZ
CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

I

ESTE DECENIO FINAL que estamos viviendo en nuestro siglo XX ha puesto de nuevo sobre el tapete el problema nacional, como lo indican los más recientes acontecimientos del mundo europeo. En rigor, debería decir que el Viejo Mundo se ha topado con algo que ya se había creído ultrapasado allá, pero que no ha dejado de estar presente en la historia moderna y contemporánea de Asia, África y América Latina.

Así, mientras el orbe está atravesando por una fase al parecer de plena hegemonía del gran capital transnacional, que ha llevado al máximo ese afán homogeneizador de la industria moderna al extremo de que algunos de sus ideólogos hablan del fin de la historia y consideran una obsolescencia los planteos nacionales, los grupos humanos reunidos dentro de órbitas geográficas determinadas y vinculados por factores históricos y culturales renuevan su conciencia de posesión de rasgos comunes, que abarcan a sus integrantes más allá de las relaciones parentales para asumir expresiones caracterizadoras de una identidad común.

Así, los hábitos, costumbres y otros elementos de psicología social conformadores de una identidad cultural han continuado, según la evolución de las distintas sociedades concretas, dando lugar a la permanencia y desarrollo de una identidad nacional que

* Ponencia presentada en el encuentro “Identidad, cultura y sociedad en las Antillas Hispánicas”.

no siempre tiene que corresponderse con los llamados Estados nacionales aparecidos desde la Edad Moderna, como durante mucho tiempo se entendió el asunto.

Luego, parece cada día más que el tema de la identidad cultural y nacional es y será materia de las sociedades actuales y, probablemente, de las del futuro inmediato. Hay quien ha llegado a afirmar, inclusive, que cuando parecía enterrado el problema de las nacionalidades, éste ha resurgido con tal fuerza que bien podría ser hasta un signo caracterizador del nuevo siglo que se avecina.

En esta ocasión sólo me interesa constatar el asunto para partir de él, y recordar simplemente que su planteo en América Latina no obedece solamente a las razones que condujeron a la formación de los Estados nacionales tras la independencia de España, sino que, además, y de modo decisivo, el continuado replanteo del tema de la identidad latinoamericana durante los últimos tiempos responde a circunstancias del mundo de hoy y de las nuevas formas de organización y de relaciones que se están elaborando aceleradamente ante nuestros ojos.

Quizás el Continente —y las Antillas en particular— están atravesando por uno de los peores —si no el peor— momento de crisis para sus pobladores, al extremo de poner en duda nuestra propia existencia como Estados nacionales y como identidades sociales identificables *per se*. Creo, pues, en dos palabras, que en las ciencias sociales del continente ha cobrado carta de ciudadanía el tema de la identidad —como lo evidencia este encuentro que nos reúne en Santo Domingo—, junto a esa ola de ideas y proyectos acerca de la integración que se extiende entre los políticos, clases y grupos de todos los matices, y que son índices bien claros de que en la conciencia social del continente hay una preocupación por los fundamentos, perspectivas y razón de ser de nuestros pueblos.

Y, al mismo tiempo, en curioso contraste con lo que sucede en Europa, la preocupación latinoamericana por la identidad y la integración se mueve hacia una especie de resurgimiento del espíritu común continental que animó a los próceres de la independencia. Luego el sentido y la conciencia de identidad nacional en nuestros países parece encaminarse por los derroteros de una identidad latinoamericana más abarcadora.

Repito que no pretendo en modo alguno estudiar este asunto. Me anima el exclusivo deseo de tomarlo como punto de partida para validar la pertinencia, en estas características y condiciones del mundo actual, del sentido de identidad latinoamericana de José Martí.

II

NACIDO, formado y madurado su pensamiento en una fase de tránsito notable del orbe de su tiempo, el revolucionario cubano ofreció y comenzó a implementar un audaz y optimista programa de liberación nacional para América Latina a fines del siglo pasado, en la realización de cuyos pasos iniciales —la independencia de Cuba y de Puerto Rico— le sorprendiera la muerte en combate el 19 de mayo de 1895.

El centro conceptual y la clave metodológica y teórica que permiten explicar el programa martiano es su concepto de identidad latinoamericana, notable para su época por su originalidad, sentido de autoctonía y proyección hacia el futuro.

A diferencia de buena parte de sus contemporáneos, quienes —con independencia de sus intenciones y de sus condicionamientos socioclasistas— tendieron a moverse entre dos puntos extremos y antitéticos —tradición *versus* modernidad—, el cubano expresó un criterio de suma ponderación, fundamentado en una comprensión cabal de las esencias de su tiempo y de los problemas de nuestros países que no rehuyó la palabra metafórica y la admonición inflamada: su estilo torrencial y encabalgado expresó a la vez la visión más aprehensiva de las realidades continentales del último tercio del pasado siglo.

Así, el pensamiento martiano es uno de los casos más excepcionales de unidad y desarrollo de sus fundamentos sin contradicción consigo mismo. Susceptible de ser analizado a través de etapas y momentos, ello no implica que su ideario deje de ser fiel a sí mismo desde sus primeros escritos de adolescencia hasta los últimos, la noche antes de su caída en combate. El cemento compactador de sus ideas se asienta, por un lado, en su toma de partido desde muy joven con “los pobres de la tierra” y, por otro, en su manifiesta y temprana voluntad de autoctonía intelectual y de proyecciones sociales para América Latina.

III

DESDE su propia entrada de lleno al periodismo durante su estancia en México, el problema de la identidad latinoamericana afloró en el pensamiento martiano. Con lenguaje peculiar, nada ajeno a las fuentes clásicas e iluministas en que había bebido básicamente hasta entonces, el joven Martí planteó tres ideas claves:

a) América Latina está formada por pueblos nuevos; b) Existe una naturaleza americana, es decir, rasgos espirituales, de psicología social, propios y peculiares; c) Las particularidades y especificidades americanas exigen análisis y soluciones propias.

Es cierto, por una parte, que estas ideas aparecen expuestas no de forma organizada, en una reflexión particular sobre el problema de la identidad. Pero la frecuente reiteración en sus escritos de 1875 y 1876 indica que constituían ya una preocupación central de su pensamiento. Y, por otro lado, sus palabras muestran que ya él buscaba esa identidad en algo más que en la cercanía geográfica, aunque no pudiera expresar mediante el análisis detenido ni el concepto sintetizador el problema que estaba comenzando a asir.

Fue ese sentido de autoctonía explícito que le impulsó a aconsejar a sus lectores la siguiente fórmula, repetida con ligeras variantes en más de uno de sus textos para la *Revista Universal*: ‘A conflictos propios, soluciones propias’.¹ Esta idea la escribió lo mismo al referirse críticamente a la dependencia minera de la economía mexicana que al tratar el tema obrero o al llamar a la creación de un teatro nacional (‘A propia historia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras’).²

No es casual que en 1875, allá en México, Martí empleara por vez primera la frase *nuestra América*, cuando escribió: ‘Si Europa fuera el cerebro, nuestra América sería el corazón’.³ Así trataba el cubano ya de identificar a su América mediante el contraste y, de cierto modo hasta mediante la contraposición, con Europa.

Esa definición de autoctonía continental alcanzó una fundamentación sociológica y cultural en uno de sus textos de Guatemala. Allí publicó en 1877 un artículo titulado ‘Los códigos nuevos’, en el que dejó plenamente esclarecido un concepto de identidad verdaderamente revolucionario para su tiempo:

Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un *proceso*; se creó un pueblo mestizo en

¹ José Martí, *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1967, vol. 6, p. 334.

² José Martí, *OC*, vol. 6, p. 312.

³ José Martí, *OC*, vol. 6, p. 423.

la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia.⁴

Habría que esperar hasta bien entrado nuestro siglo para que tomase carta de naturaleza esta idea de entender a nuestros pueblos como resultado de la fusión —antagónica y contradictoria por ello— de dos civilizaciones: una conquistadora y dominante, y otra conquistada y dominada.

Para el pensamiento continental precedente y contemporáneo a Martí —liberalismo, romanticismo y positivismo— esta visión de nuestras sociedades y culturas era, cuando menos, desafortunada, y, cuando más, absolutamente equivocada. No es causal que los editores del artículo martiano se sintieran obligados a agregar una nota al final del mismo por la que lamentaban el extravío del que consideraban un joven talentoso por comparar la civilización, la cultura española (y europea) con esos pueblos “atrasados y bárbaros” que poblaban este continente.

Es sabido, por otra parte, que con muy contadas excepciones —Bolívar quizás fue el más lúcido y por ello quedó solo— la obra de la independencia culminó en la creación de Estados nacionales que adoptaron formas de organización social y política copiadas al pie de la letra de los países de Europa Occidental y de Estados Unidos, los que marcaban el paso en el desarrollo de la modernidad industrial capitalista. Se trataba, para la *intelligentsia* latinoamericana de entonces, de echar por la borda la escasa o nula modernidad aportada por España a sus colonias y los rezagos adicionados por la presencia de los componentes prehispánicos. Inclusive hasta la propia época de la reforma liberal —vívida directamente por Martí en México, Guatemala y Venezuela—, con independencia de sus matices locales, no pudo escapar al espejismo de buscar el desarrollo del *otro*, de imitar lo que parecía *el* camino exitoso para ese desarrollo. Y, por tanto, desde aquellos animados por un noble afán ilustrador hasta quienes practicaron una verdadera acción genocida, los indios (así como los negros y mestizos) fueron considerados como algo ajeno, que habría de incorporarse a la modernidad mediante la fuerza deculturizadora o arrancarlo de cuajo a través de su desaparición masiva.

Se trata, pues, del conflicto civilización *versus* barbarie, para decirlo en los términos decimonónicos, como todavía hoza en algunas mentes y en políticas concretas de nuestros días.

⁴ José Martí, *OC*, vol. 7, p. 98.

Martí, por tanto, se movió conscientemente desde entonces en una óptica bien diferente, lo cual se evidencia además con el creciente uso desde su estadía guatemalteca de la frase “nuestra América”: para él, ésta es resultado de un proceso que ha producido un pueblo nuevo, mestizo, mixturado —como se quiera decir— de lo aborigen y lo español, o sea, una cultura nueva que reúne y asume dos componentes histórico-culturales antagónicos —como él mismo dice—, considerados por consiguiente bajo semejante signo de valoración cultural por parte suya, y cuya autoctonía le viene dada por esa civilización original, esa “alma propia” en sus palabras, que era necesario desenvolver y restaurar con la reconquista (que no la conquista) de su libertad.

La cita continúa así:

Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística.⁵

Tras declarar su concepto de la unidad y variedad del género humano, el cubano refuerza el valor de autoctonía de esta identidad nueva que se ha conformado en este lado del Atlántico. Y si acaso alguien pudiera pensar que inclinaba la balanza hacia el componente aborigen —el cual, sin lugar a dudas, requería del rescate que muy pocos querían darle—, sí creo que en modo alguno pueden compararse estas ideas con una llamada a volver al pasado prehispánico: su propio concepto de la identidad cultural latinoamericana como proceso impide categóricamente esa visión.

IV

LA década de los ochenta brindará al cubano importantes elementos para perfeccionar su comprensión del problema que nos ocupa.

Por una parte, su inserción directa en la práctica revolucionaria contra el gobierno colonial desde su regreso a Cuba y su activa ejecutoria en la dirección del movimiento patriótico de entonces, que lo llevó a buscar soluciones a sus formas de conducción y de participación y al proyecto republicano ofrecido por los patriotas.

⁵ *Ibid.*

De esta manera, en escritos de Venezuela, de 1881, aclaró que habría de fundarse una América nueva como resultado de la abolición de los males sociales y económicos que la aquejaban desde la Colonia, y que la independencia de Cuba —remate de la epopeya liberadora de principios del siglo XIX—, era, a la vez, servicio necesario para mantener esa obra fundadora.⁶

De otro lado, dos importantes aspectos intelectivos se integran en el proceso de maduración de su pensamiento.

Uno, su comprensión manifestada explícitamente en los escritos para la *Revista Venezolana* y en el Prólogo al "Poema del Niágara", del venezolano Pérez Bonalde, acerca de que se estaba abriendo una nueva época para el mundo con todas las incertidumbres y desencajamientos que ello significaba. Del segundo escrito tomo esta cita, escalofriante descripción también de este fin de nuestro siglo.

No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reenquiciamiento y remolde son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbrense apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques. De todas partes solicitan la mente ideas diversas y las ideas son como los pólipos, y como la luz de las estrellas, y como las olas de la mar. Se anhela incesantemente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios que cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria.⁷

El segundo aspecto, que devela el ambiente socioeconómico caracterizador de ese momento de cambio que acaba de describir, es su conocimiento y explicación del inicio del imperialismo en Estados Unidos a través de sus crónicas sobre ese país para la prensa latinoamericana.

La formación y creciente poderío extraeconómico de los monopolios empeñados en dominar la política y el gobierno de aquella nación para cubrir sus necesidades de mercados consumidores y de materias primas, fueron asuntos denunciados por el revolucionario, con especial énfasis en sus formidables crónicas sobre la primera Conferencia Panamericana llevada a cabo entre 1888 y 1889.

⁶ Véase la carta del 27 de julio de 1881 a Fausto Teodoro de Aldrey, *OC*, vol. 7, p. 267 y "Un voyage à Venezuela", *OC*, vol. 19, p. 153.

⁷ José Martí, *OC*, vol. 7, p. 225.

Entendida por él como el claro y determinado avance hacia Latinoamérica de esas fuerzas que se imponían en el país del Norte, Martí entró de lleno desde aquel que llamó "invierno de angustia"⁸ en su magna tarea antiimperialista y de liberación nacional.

V

ÉSA es la clave de su ensayo mayor titulado "Nuestra América", publicado por vez primera en *La Revista Ilustrada* de Nueva York el 10. de enero de 1891.⁹

Allí, en unas pocas páginas, trazó el cuadro de las razones del permanente desajuste entre las instituciones y la realidad histórica continentales: las normas y formas de organización de las repúblicas liberales derivaron una y otra vez hacia el caudillismo y las tiranías, por no corresponderse con los verdaderos requerimientos de América Latina. Se trataba, según Martí, de no haber apartado al "hombre natural" (el indio, el negro, el campesino, según él) con maneras de gobernar no nacidas del país. Por eso escribió en ese ensayo: "Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador".

Y esa labor creadora habría de partir, a su juicio, de la exacta comprensión del significado del hombre natural en nuestra identidad, marcada, además, por la pervivencia de rasgos coloniales, y amenazada ya entonces por la próxima visita de Estados Unidos, país de "composición, orígenes e historia diferentes".

De ahí que el cubano postule en su texto cenital que "no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la Naturaleza", en clara alusión a la célebre antinomia establecida por el pensamiento liberal —y continuada por el positivista—, que entendía la modernidad industrial capitalista —*desideratum* por alcanzar para nuestros pueblos— como el elemento civilizador y desde el cual debería entenderse la especificidad continental. Martí, sin embargo, establecido ya desde 1877 en una posición sustancialmente opuesta, insiste en "Nuestra América" en que no se trataba de copiar el modelo europeo occidental o norteamericano sino de crear el propio, ajustado a los requerimientos de sus elementos populares y de sus condiciones histórico-sociales.

Luego la identidad de nuestra América —frase que con este ensayo alcanza todo el valor de un concepto en Martí— es entendida

⁸ José Martí, *OC*, vol. 16, p. 61.

⁹ José Martí, *OC*, vol. 6, pp. 15-23.

por él como un proceso que se continuaba hacia el futuro y que sería la materia afianzadora ante los peligros de una nueva dominación traída por el vecino del Norte.

De ahí, pues, que el revolucionario cubano se dirigiese con suma urgencia por entonces —inicios de la última década del siglo— a implementar su estrategia antiimperialista y de liberación nacional para Latinoamérica, y que comenzaría con la independencia de Cuba y de Puerto Rico. El paso primero de todo ello sería la acción unificada de la emigración patriótica, y para ello fue fundado el Partido Revolucionario Cubano en 1892, hace cien años.

La guerra contra la metrópoli española conduciría a ambas Antillas a la independencia, situación desde la cual las nuevas repúblicas insulares servirían, en su concepción, para estimular la remodelación de la práctica republicana en Latinoamérica.

Luego, si importante era arrojar a España de la región antillana, ya que ese *status* colonial permitía con mayor facilidad la acción expansionista de Estados Unidos, más importante sería aún para Martí la constitución de la “república nueva” en Cuba y Puerto Rico y su progresivo alcance al influjo de ambas en República Dominicana: en las islas habría de ejercerse, por consiguiente, esa preocupación por los derechos del hombre natural, de manera de no reiterar las repúblicas coloniales e incapaces de asegurar la acción sistemática de sus propios principios de constitución, objetadas por él en su texto “Nuestra América”, y por cuyos desajustes sociales e institucionales veía el Maestro que se iba abriendo paso la nueva dominación del Norte.

Por tanto, las tres Antillas de habla hispana tenían un significado múltiple en la concepción martiana de la identidad continental. Por una parte, permitirían el desarrollo de ésta al ejercitar “soluciones propias” y “leyes nuestras”, como había pedido desde sus años mexicanos, que funcionarían como propuestas prácticas para el resto de los países del continente. Por otro lado, fundamentarían ese actuar hacia lo propio en la atención a las fuerzas sociales preteridas —el hombre natural— portadoras de la autoctonía frente —como escribió en “Nuestra América”— al “libro importado”, los “letrados artificiales” y el “criollo exótico”. Ambos factores, por último, también asegurarían, con su propio ejemplo y experiencia, la permanencia y a la vez la renovación necesaria de los rasgos de la identidad continental, tanto por presentar el camino del abandono de los rezagos coloniales que habían limitado la expresión de esa identidad tras la independencia, como por asegurarle vías

de expresión que evitasen las nuevas condiciones de dominación que se inauguraban.

Ese sentido dialéctico, de proceso, a la hora de considerar la identidad es lo que permite entonces a Martí, al mismo tiempo, escapar a la tradición liberal del Continente, entrampada en su concepción homologadora entre Estado nacional y nación, incapaz por ello mismo —independientemente de sus condicionantes históricas y socioclasistas— de sustentar un proyecto de realización continental, y, a la vez, evitar el aspecto voluntarista del ideal bolivariano de unidad, desconocedor de las particularidades locales y desde las cuales se fueron justificando e implantando en términos históricos los nacientes Estados nacionales.

Lúcidamente, el cubano proclamó como objetivo último de sus ideas y acciones la unidad continental —lícita en virtud de su reconocimiento de la identidad latinoamericana— a partir de su despliegue históricamente mediato en y desde las Antillas:

No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provoque reparos y justificase la agresión, como de la unión sutil, y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, o juntas han de desaparecer, en el recuento de los pueblos libres.¹⁰

El cubano se inscribía de este modo en el espíritu antillanista manifestado desde mucho antes (Luperón, Hostos, Betances, etc.), pero elevándolo ahora a escalón inicial cronológico y fundamento teórico de su proyecto de liberación nacional para América Latina.

Apréciense la hondura de sus juicios a través de la fineza de sus palabras: la unidad no debería armarse mediante la alianza ostentosa e insuficiente en lo material. Es decir, no había que constituir un Estado unificado ya que daría pretexto para la agresión sin ofrecer a cambio una fuerza material real capaz de impedirlo. La unión habría de ser sutil y manifiesta en todo, o sea, sin buscar ese aparato estatal único en lo inmediato, habría de alcanzar la unidad en todo (economía, acción política, concertación de fuerzas sociales, cultura espiritual), manera de unirse mucho más eficaz, fuerte y segura por basarse más en las estructuras de las sociedades antillanas. Sabia lección de político avisado, e inteligente solución de sociólogo

¹⁰ José Martí, *OC*, vol. 4, p. 405.

autóctono que no busca asentar el desarrollo sobre lo aparente sino sobre lo real.

El político convertido en todo un estadista empeñado en hallar un equilibrio mundial entre las potencias europeas y Estados Unidos, introducía así en su proyecto las concepciones sociológicas que, a su vez, le habían abierto la vía hacia la elaboración de ese proyecto:

En el fiel de América están las Antillas que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder —mero fortín de la Roma americana—; y si libres — y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.¹¹

Ese papel en el fiel de América era la tarea histórica que, a juicio de Martí, imponían la época y los requerimientos de una identidad urgida de rescatar su autoctonía y fundamentar su desarrollo futuro. Y ese deber antillano se basaba no sólo en un imperativo histórico e indudablemente ético sino, también, en las propias condiciones de las sociedades insulares. Cuba y Puerto Rico entrarían a la libertad “con composición muy diferente” de los demás pueblos hispanoamericanos, y aunque disponían “de elementos aún disociados”, era posible “salvarlas y servir las” mediante “la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que las sociedades rencorosas y hambrientas europeas”.¹²

Es decir, Martí reconocía una capacidad antillana para cumplir la tarea histórica que le asignaba, la cual sustentaba en fundamentos sociales: los pueblos antillanos no se hallaban tan antitéticamente polarizados —a pesar de manifestar disociación— como los del resto de Hispanoamérica al momento de acceder a la independencia o como la misma Europa que le era contemporánea. Por eso la república nueva buscaría el equilibrio a su interior, sería “con todos y para el bien de todos”, como proclamó en lema feliz ante la emigración cubana de la Florida.¹³

¹¹ José Martí, *OC*, vol. 3, p. 142.

¹² *Ibid.*

¹³ José Martí, *OC*, vol. 4, p. 279.

Así, en el mismo texto de donde tomamos la cita anterior, publicado en *Patria* para conmemorar el tercer año de vida del Partido Revolucionario Cubano, Martí analiza en la primera parte lo que llama en su subtítulo "El alma de la Revolución", e insiste en el equilibrio que habría de lograr la república entre las distintas fuerzas sociales, rechazando, eso sí, a la que califica como "porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo" por acorralarse, "injusta y repulsiva", contra el "pueblo nuevo de cultura y virtud", en el cual incluye a la porción del señorío cubano que "ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado".¹⁴

Y por eso su expresión es optimista en el párrafo final de dicho artículo, ya entrado en la explicación "del deber de Cuba en América", cuando reafirma su convicción de que se lograría alcanzar ese equilibrio en la república antillana:

Con la mirada en alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación.¹⁵

Fue precisamente a un antillano, al dominicano Federico Henríquez y Carvajal, a quien en carta particular expuso Martí con claridad meridiana sus ideas acerca de la unidad necesaria de estas islas para cumplir su deber histórico. Y fue a él también a quien precisó las líneas generales que habría de seguir la política social de la nueva república en Cuba y Puerto Rico:

Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la república. La dificultad de nuestras guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra "y las prácticas y personas de guerra". La otra dificultad, de

¹⁴ José Martí, *OC*, vol. 3, p. 140.

¹⁵ José Martí, *OC*, vol. 3, p. 143.

que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontar a la inteligencia primada del país, contengan —y permitan el desarrollo natural y ascendente— a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía.¹⁶

Por eso también señalaría en el mismo texto, dedicado al tercer aniversario del Partido Revolucionario Cubano, lo mismo que escribió en más de una ocasión, en este caso en síntesis admirable:

...la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre, en el trabajo justo, a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, y la dignidad de la república norteamericana.¹⁷

Creo, pues, que con pleno derecho, el pensamiento martiano ha de acompañarnos por este convulso mundo finisecular en que vivimos, cuando los latinoamericanos nos preguntamos quiénes y para qué somos, y quiénes y para qué seremos.

¹⁶ José Martí, *OC*, vol. 4, pp. 110-111.

¹⁷ José Martí, *OC*, vol. 3, pp. 143.